

decidido suicidarse. Se abre un congreso con un hombre que anuncia que quiere darse muerte.

Aparece, en el siguiente relato, Miguel: un alcohólico que decide superar su adicción. Asiste a una sesión de alcohólicos anónimos. Allí toma lugar la historia. Él, de pie frente a un público atento a escuchar su drama, cuenta la historia que lo llevó a dejar de lado toda responsabilidad y abandonarse al alcohol.

En otro capítulo, Lucas tropieza con el profesor Ravi cuando va camino de casa. Al llegar a ésta revisa el contestador automático. A Lucas lo ha llamado su madre, lo ha llamado Gonzalo, lo ha llamado una empleada de una entidad bancaria, lo ha llamado Ricardo Silva (sí, el mismo autor del texto. Cualquier parecido con lo que hace Paul Auster en *Ciudad de cristal* no puede ser coincidencia) y, finalmente, lo ha llamado Dios...

En el lado B, un esposo no se puede dormir. Mientras, su esposa embarazada sueña profundamente. De improviso deben salir hacia el hospital. Va a tener el bebé. En la sala de espera del hospital, cuando el hombre aguarda a que su mujer alumbre, comienza a descubrir varias cosas que quizá no sean tan agradables.

Ahora el sacerdote Juan Pablo Montañez dice la homilía en las exequias de Esteban Saavedra. Nada habría de extraordinario en esta situación si no fuera precisamente por las palabras del sacerdote. Punzantes, salidas de tono, irónicas, definitivamente; extraordinarias para la ocasión.

En *Sobre la tela de una araña*, título de uno de los capítulos o cuentos, algo bastante complejo comienza a tejerse durante una clase de literatura. Comentarios, miradas y papelitos van y vienen. La angustia de una niña que está o cree estar embarazada. La angustia de un novio que ignora que su novia quizá esté embarazada, pero que está seguro de no quererla tanto como ella lo quiere a él. Y varias situaciones más se dan en silencio, en medio de miradas a lo largo de la clase.

Breve esbozo de lo que se va a encontrar el lector cuando comience a recorrer los hilos de la tela. Finalmente, Silva Romero trata de recoger todas las arandelas que dejó sueltas a lo largo de todo el libro. Lo que hace pensar en que la idea sí era darle cierta estructura de novela. Aunque si lo es, definitivamente parece no finalizar. No le alcanzan las últimas páginas para darle ese toque, más bien prematuro. Queda el sabor, un poco de inconformidad, un signo de interrogación. La duda de si Silva realmente quería hacer lo que hizo o su intención era distinta, pero no alcanzó.

ALCIDES VELÁSQUEZ

Un panorama

Veinticinco cuentos barranquilleros

Ramón Illán Bacca (selección)

Ediciones Uninorte, Barranquilla, 2000, 272 págs.

Si algo ha caracterizado a las zonas costeras a lo largo de la historia, ha sido el ser lugares de intercambio; no sólo de mercaderías, como a veces se sobreentiende con lastimosa condescendencia, sino también de costumbres e ideas. Mientras que las ciudades del interior no tienen otra alternativa que convertirse en mecas culturales para atraer a los nuevos exponentes del arte y del pensamiento —como la tradicional París o la Bogotá de los años cincuenta—, las ciudades de la costa son centros de vanguardia naturales, pues las nuevas ideas llegan en cada barco. Mientras que unas tienen que atraer al mundo con buenas ofertas, a las otras les llega simplemente por estar donde están.

Sin duda desde Alejandría y la Atenas clásica esta situación ha cambiado algo —especialmente en el último siglo, por el desarrollo de las nuevas formas de comunicación—, pero incluso así la costa conserva su

aire de apertura, de hambre por las nuevas tendencias. Sin que contra esa realidad sea argumento válido el que en un país como el nuestro, con provincias tan marginadas por la "mirada oficial", un destino muy común para los artistas costeños sea emigrar hacia el interior en búsqueda de oportunidades para difundir su obra.



Dentro de ese marco, Barranquilla ocupa un lugar especial en la historia literaria de nuestro país. Ante todo está el lugar ya mítico que ocupa el Grupo de Barranquilla, cuyos integrantes tuvieron tan vasta influencia en la literatura colombiana y latinoamericana del siglo XX. Aún así, los autores barranquilleros no tenían una antología propia y esa es la causa principal de la creación de este libro, tal como lo comenta Ramón Illán Bacca en el prólogo:

Ahora, cuando se habla del cuento en Colombia, siempre se hace referencia a José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio y Marvel Moreno como los más destacados en el género. Sin embargo, se presenta la paradoja de que sus trabajos se dan en antologías nacionales del cuento, pero no hay una antología regional donde se puedan detectar relaciones e influencias y vasos comunicantes. En resumen, todo lo que llamaría-

mos complicidades literarias. Este libro intenta cumplir esa función. [pág. IX]

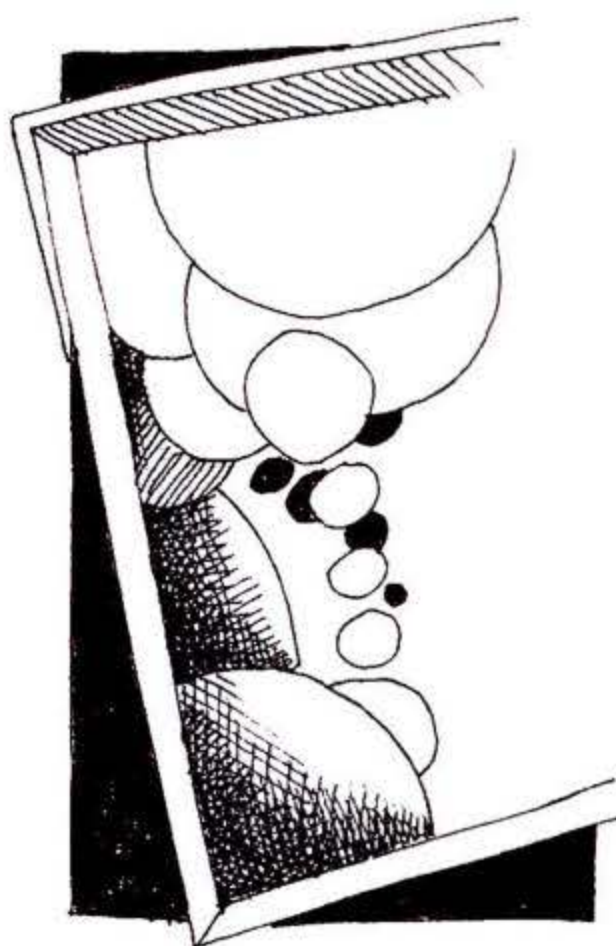
Es interesante que se hable de "influencias y vasos comunicantes" en vez de "evolución de la literatura barranquillera". Quizás se deba simplemente a que el concepto de evolución difícilmente puede aplicarse al arte, ya que el paso del tiempo implica una transformación pero no siempre una mejoría. Es indudable que alrededor de la mitad del siglo XX ocurrió en Barranquilla lo que podríamos catalogar como una verdadera explosión de buenos autores, algo que difícilmente se repite dos veces en el mismo sitio. De hecho, en el mismo prólogo Ramón Illán Bacca advierte:

Con la presentación de estos veinticinco cuentistas, la intención va encaminada no tanto a ofrecer excelentes cuentos, como a mostrar el proceso del género en Barranquilla. Por eso algunos de los cuentos presentados son más importantes que buenos. [pág. 10]

A pesar de que para el lector sea evidente cuándo fue el momento de máxima gloria del cuento barranquillero, sobre todo si se tiene en cuenta lo que se escribía en aquella época en otras zonas del país, el libro trae una agradable sorpresa: en Barranquilla hay excelentes cuentistas también en la actualidad. Los ejemplos que ofrece la recopilación son varios, entre los que se podría destacar a Jaime Cabrera Sánchez, Henry Orejuela Rodríguez y Alberto Duque López, con cuentos que a primera vista sólo tienen en común la variedad de estilos, pero que tras un análisis más profundo demuestran que provienen de una misma tradición.

Dado que el primer autor de la selección nació en 1894 y el último en 1957, el libro, tal como promete Ramón Illán Bacca en el prólogo, deja entrever los autores que marcaron el proceso literario barranquillero en el siglo XX. Entre las influencias, en su mayor parte foráneas, es especialmente notorio el peso de

los escritores anglosajones, entre los que cabría citar a Hemingway, Faulkner, Wilde... Podríamos remontarnos incluso a Jonathan Swift, con su uso del humor ácido como arma de la inteligencia.



El libro, entonces, cumple su función de dar una panorámica de lo que ha sido la literatura barranquillera en el siglo XX. A vuelo de pájaro, es verdad, pero no puede ser de otra forma cuando se trata de una recopilación. De hecho, sería difícil hacer un estudio en profundidad de lo que es hoy la literatura barranquillera, pues gran parte del material no ha sido impreso. Al leer las cortas biografías de los autores, al comienzo de los relatos sorprende ver cuantos de ellos tienen una acumulación de material inédito, sin que para ello sea razón una baja calidad literaria, pues, a juzgar por las muestras, entre los autores con novelas o relatos inéditos están algunos de los mejores cuentistas de la recopilación.

El impulso motivador de *Veinticinco cuentos barranquilleros* es llenar un vacío de información sobre la literatura barranquillera. Y la obra consigue su objetivo... Hasta donde es posible paliar con sólo trescientas páginas una falta que lleva decenios. Por ello, es un libro importante para cualquier lector que desee hacerse una idea universal de lo que es la literatura colombiana. Una

literatura que demasiado a menudo olvidamos que abarca a los escritores nacidos en la cordillera de los Andes, pero también a los que están más cerca del mar.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

Plumas colombianas

Silva, Arciniegas, Mutis, García Márquez y otros escritores colombianos

Juan Gustavo Cobo Borda

Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República, Bogotá, 1997, 551 págs.

¿Cómo justificar un libro en el cual hasta la última de sus páginas ha sido publicada anteriormente? La respuesta parece sencilla: en la forma de una antología. En realidad, este libro es una simple antología de Cobo, pero una antología que, aunque cuajada de repeticiones, tiene particularidades que la apartan de otra cualquiera. Y bien, este libro puede ser considerado antológico si tenemos en cuenta que Juan Gustavo Cobo Borda, su autor, ha sido, además, el compilador por excelencia o, como dijo Germán Arciniegas, la cosedora mágica que cada vez que saca un libro nos ayuda a ordenar un poco una biblioteca llena de recortes regados por todas partes y que por fin consiguen acceder a su destino inevitable de basura.

Quizá la mejor reseña de este libro sea el prólogo de Esperanza López Parada. Cobo es, como lo dice allí, un erudito alegre, algo así como un nihilista cándido, si esto puede darse. En Bogotá tenemos un término muy apropiado: Cobo es un *gocetas*. Es un diletante exquisito que parece sacado del *De sobremesa* de José Asunción Silva. "Diversidad es mi divisa", podría repetir Cobo Borda con la divisa de ese hombre tan poco diverso como fue La Fontaine.